



HOWARD PHILLIPS
LOVECRAFT
EL HORROR DE
DUNWICH
ILUSTRACIONES
SANTIAGO CARUSO

«Nadie, ni siquiera quienes conocen los hechos relacionados con el horror reciente, puede decir con exactitud qué sucede con Dunwich; aunque las leyendas antiguas hablan de ritos impíos y aquelarres de los indios, en medio de los cuales invocaban a sombras prohibidas en las grandes colinas redondeadas y realizaban salvajes plegarias orgiásticas contestadas por fuertes crujidos y truenos bajo tierra».

Wilbur Whateley, hijo precoz y monstruoso de una solitaria familia de Dunwich, conserva parte del atroz secreto del *Necronomicon*, el libro prohibido. El secreto no puede, no debe, ser revelado a los hombres: las fuerzas del mal perviven y pueden invocarse. Una vez desatadas, el mundo conocerá su apocalipsis.

El horror de Dunwich es uno de los relatos más perturbadores de la literatura de terror. Las ilustraciones de Santiago Caruso se cuentan entre las mejores recreaciones gráficas del imaginario de H. P. Lovecraft.



EL HORROR DE DUNWICH

Las Gorgonas, las Hidras y las Quimeras, las historias terribles de Celeno y las Harpías, pueden reproducirse en el cerebro supersticioso, *pero existieron antes*. Son transcripciones, *tipos*, los arquetipos están en nosotros y son eternos. ¿De qué otro modo puede afectarnos a todos el relato de aquello que, despiertos, sabemos que es falso? ¿Acaso concebimos de modo natural el terror por tales objetos al considerarlos capaces de infligirnos daño físico? ¡En absoluto! *Esos terrores vienen de antiguo. Vienen de tiempos anteriores al cuerpo, o son ajenos a nuestro cuerpo...* Que el tipo de miedo del que hablamos aquí sea puramente espiritual, que su vigor sea proporcional a su falta de objeto sobre la Tierra, que predomine en el periodo de nuestra inocente infancia... son dificultades cuya solución puede estar en alguna probable percepción a nuestra condición anterior al nacimiento, y en una mirada a la tierra en sombras de la preexistencia.

Charles Lamb, *Brujas y otros terrores nocturnos*

Cuando el que viaja por la zona norte de la región centro de Massachusetts toma la bifurcación equivocada en el cruce de la carretera de Aylesbury, después de pasar Dean's Corners, llega a una región solitaria y extraña. El terreno sube y los muros de piedra coronados de maleza se van cerrando cada vez más sobre las polvorientas curvas del camino. Los árboles de los numerosos bosques circundantes parecen demasiado grandes, y la hierba, las zarzas y los pastos salvajes alcanzan un esplendor que no se encuentra a menudo en las regiones habitadas. Al mismo tiempo, los campos cultivados son escasos y áridos; mientras que las casas dispersas exhiben un aspecto sorprendentemente uniforme de vejez, miseria y decadencia. Sin saber por qué, uno vacila en pedir instrucciones a las figuras solitarias y arrugadas que alcanza a ver aquí y allá en los umbrales ruinosos o en las empinadas y pedregosas laderas. Son personas tan silenciosas y furtivas que uno, de algún modo, se siente enfrentado a cosas prohibidas, cuyo

contacto es mejor rehuir. La sensación de extraña inquietud aumenta cuando una cuesta del camino permite ver las montañas cerniéndose sobre los bosques. Las cúspides son demasiado redondeadas y simétricas como para dar una sensación cómoda y natural, y a veces el cielo recorta en silueta, con especial claridad, los curiosos círculos de altos pilares de piedra que coronan la mayoría de ellas.



Desfiladeros y barrancos de profundidad problemática obstaculizan el camino y los

rústicos puentes de madera siempre parecen de dudosa seguridad. Cuando el camino vuelve a bajar hay terrenos pantanosos que uno rechaza por instinto y en realidad casi llega a temer en el crepúsculo, cuando se oye el parloteo de chotacabras invisibles y las luciérnagas salen en abundancia anormal para danzar al ritmo ronco, insistente hasta lo macabro, del estridente canto de los sapos. La línea delgada y brillante del curso superior del Miskatonic tiene un carácter serpentino mientras corre pegado a los pies de las colinas abovedadas entre las que nace.

Ya más cerca de las colinas, uno repara más en sus flancos cubiertos de bosque que en las cimas coronadas de rocas. Estos flancos se alzan tan oscuros y abruptos que uno desearía que mantuvieran la distancia, pero no existe camino que permita escapar de ellos. Al otro lado de un puente cubierto se ve una pequeña aldea acurrucada entre el río y la ladera vertical de Round Mountain; uno se maravilla al ver el apiñamiento de tejados a la holandesa deteriorados, que hablan de un período arquitectónico anterior al de la región colindante. Cuando se mira con mayor

atención no resulta tranquilizador descubrir que la mayoría de las casas está abandonada y cayéndose a pedazos, y que la iglesia del campanario roto alberga ahora el único y sordido establecimiento comercial de la aldea. Uno teme confiar en el túnel tenebroso del puente, aunque no hay modo de evitarlo. Una vez que se atraviesa resulta difícil no tener la impresión de que hay un tenue y maligno olor en la calle de la aldea, como de musgo y decadencia acumulados a lo largo de los siglos. Siempre es un alivio librarse de aquel sitio y avanzar por el estrecho camino que rodea la base de las colinas, y cruzar la llanura hasta reencontrar la carretera de Aylesbury. Después, a veces, uno se entera de que ha pasado por Dunwich.

Los forasteros visitan Dunwich lo menos posible; tras cierto período de horror que asoló el pueblo, se quitaron todos los carteles que indicaban cómo llegar. Si se lo juzga con patrones estéticos comunes, el paisaje es más que bello; sin embargo, no hay afluencia de artistas o veraneantes.

Hace dos siglos, cuando nadie se reía de brujerías, satanismo o extrañas presencias del

bosque, se acostumbraba dar motivos para rehuir el lugar. En nuestra época sensata — dado que el Horror de Dunwich, de 1928, fue silenciado por quienes velan por el bienestar de la aldea y del mundo— la gente suele evitarlo sin saber muy bien por qué. Quizás un motivo —aunque no se aplique a los extraños desinformados— es que ahora la gente del lugar ha caído en una decadencia repulsiva, avanzando sin tregua por el sendero de la regresión, tan común en muchos lugares retirados de Nueva Inglaterra. Han llegado a formar una raza en sí misma, con los estigmas físicos bien definidos de la degeneración y la endogamia. El promedio de inteligencia es asombrosamente bajo, mientras que los archivos del lugar están saturados de franca depravación, de asesinatos medio ocultos, incestos y hazañas de violencia y perversidad casi inenarrables. La antigua aristocracia, representada por las dos o tres familias con linaje que llegaron de Salem en 1692, se ha mantenido un poco por encima del nivel general de decadencia; aunque muchas ramas de sus árboles genealógicos se han hundido con tanta profundidad en el sórdido popula-

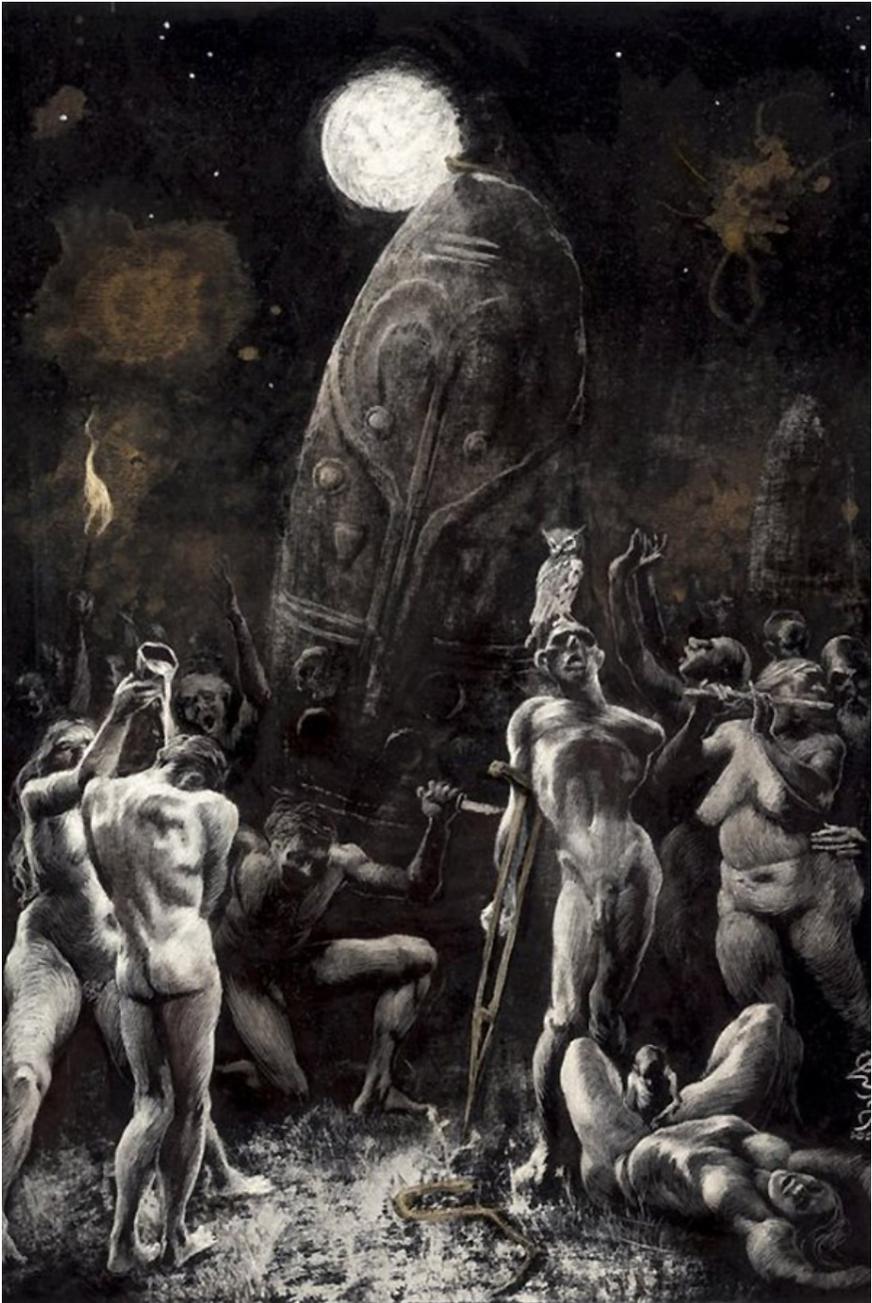
cho que solo queda el apellido como clave del origen que mancillan. Algunos de los Whateley y Bishop aún mandan a sus hijos mayores a Harvard y Miskatonic, aunque tales hijos rara vez regresan a los mohosos tejados semiderruidos bajo los que tanto ellos como sus antepasados nacieron.

Nadie, ni siquiera quienes conocen los hechos relacionados con el horror reciente, puede decir con exactitud qué sucede con Dunwich; aunque las leyendas antiguas hablan de ritos impíos y aquelarres de los indios, en medio de los cuales invocaban a sombras prohibidas en las grandes colinas redondeadas y realizaban salvajes plegarias orgiásticas contestadas por fuertes crujidos y truenos bajo tierra. En 1747 el reverendo Abijah Hoadley, recién llegado a la iglesia congregacionista de Dunwich, pronunció un sermón memorable sobre la cercana presencia de Satán y sus demonios, en el que dijo:

Debe reconocerse que tales Blasfemias, procedentes de algún Cortejo Infernal de Demonios, son asuntos de conocimiento demasiado común como para negarse; las voces malditas de *Azazel* y *Buzrael*, de *Belcebú* y *Belial* han sido escuchadas en nuestros días por un grupo de testigos de

confianza aún vivos. Yo mismo pude captar, hace no más de una quincena, un muy claro discurso de los poderes malignos en la colina que está detrás de mi casa; había chirridos y estruendos, gruñidos, cascabeleos y silbidos que ningún ser de esta Tierra podría provocar, y que por necesidad debieron provenir de las cavernas que solo la magia negra puede descubrir, y solo el Maligno desvelar.

El señor Hoadley desapareció poco después de pronunciar este sermón; pero el texto, impreso en Springfield, aún existe. Hubo informes, año tras año, sobre ruidos en las colinas, y todavía son motivo de intriga para geólogos y fisiógrafos.



Otras tradiciones hablan de olores fétidos provenientes de los círculos de columnas de

piedra que coronan las colinas, y de presencias etéreas que pueden ser escuchadas débilmente a ciertas horas en puntos fijos del fondo de los grandes barrancos; mientras que aún otras tratan de explicar el Salto del Diablo... un flanco de colina estéril, calcinado, donde no crece ningún árbol, arbusto ni hoja de hierba. Los oriundos del lugar también sienten un pánico mortal ante las numerosas chotacabras que rompen a cantar en las noches cálidas. Aseguran que las aves son psicopompos que acechan las almas de los agonizantes, y que lanzan sus gritos pavorosos en consonancia con los resuellos del moribundo. Si consiguen atrapar el alma cuando abandona el cuerpo, alzan vuelo entre un escándalo demoníaco; pero, si fracasan, se hunden poco a poco en un silencio desilusionado.

Desde luego que estas historias son obsoletas y ridículas, pues provienen de épocas muy antiguas. Por cierto, Dunwich es un sitio ridículamente viejo, más viejo, por mucho, que cualquier otro en treinta millas a la redonda. Al sur de la aldea aún se pueden ver las paredes del sótano y la chimenea de la

antigua casa de los Bishop, construida antes de 1700; mientras que las ruinas del molino de la cascada, construido en 1806, constituyen la pieza arquitectónica más moderna que puede visitarse. La industria no floreció aquí y el movimiento fabril del siglo XIX duró poco. Lo más antiguo son los grandes anillos de columnas, de piedra toscamente labrada, en la cima de las colinas; pero, por lo general, se atribuyen más a los indios que a los colonos. Los depósitos de cráneos y huesos descubiertos dentro de estos círculos, y alrededor de la gran roca en forma de mesa en Sentinel Hill, sustentan la creencia popular de que tales lugares fueron en otros tiempos cementerios de los *pocumtucks*, aun cuando muchos etnólogos, pese a la absurda imposibilidad de semejante teoría, insisten en creer que son restos caucásicos.